
Capítulo XXXIX.

Descubrimiento de nuevas islas.

Retrocedamos á buscar á Colon en los momentos en que se aprestaba á emprender el segundo viaje, para conocer todas las peripecias de esta nueva epopeya de su vida, ántes de colocarle en presencia de Guacanajari y de informarse del desastroso fin que habian tenido sus hermanos.

Después de salir de la Gomera reinó en el mar una gran calma que obligó á las embarcaciones á permanecer algunos días estacionadas á la vista de la isla de Hierro.

El día 13 de Octubre se levantó una brisa fresca, y Colon siguió el rumbo del Sudoeste con ánimo de internarse hácia la parte meridional donde suponía que

estaban las islas de los caribes que con tan negros colores le habian descrito los indios.

Una vez en la region de los vientos constantes, siguió la brisa animando las velas, y once dias después estaban las naos á cuatrocientas cincuenta leguas desde la Gomera.

¡Cosa extraña!

En toda aquella travesía no habian hallado los navegantes aquellos prados de yerba que movian las olas del mar, y que habian sido objetos de esperanzas tan halagüeñas para los que siguieron á Colon en su primer viaje.

La marcha continuó con la mayor bonanza, hasta que á fines de Octubre, la víspera de San Simon, les sorprendió una noche oscura, precursora de una horrible tempestad.

No tardó en estallar la tormenta cayendo un aguacero espantoso, resonando el trueno en el espacio y partiendo los rayos y las centellas en distintas direcciones.

Duró la tempestad cuatro horas, y todos los navegantes se creyeron perdidos al ver que las antenas y el cordaje de los buques estaban iluminados con una luz que se undia con gran celeridad.

Eran esas luces fantásticas que aparecen en las tempestades cuando la atmósfera se halla muy cargada de electricidad.

Y como este fenómeno ocurrió en el momento en que los marineros se creian en inmenso riesgo, fué lo mismo entonces, que ántes y después, objeto de pre-

ocupaciones, de temores y de sobresaltos en aquellos hombres que se hallaban en medio del mar.

Los marineros llaman á estas luces *el cuerpo de San Telmo*, y cuando las ven tienen por cierto que no corren peligro porque su santo Patron les ampara.

Al verlas, más tranquilos, prorumpieron en cánticos de gracias á la Providencia, y rezaron letanías y oraciones con gran fervor.

La tempestad paró efectivamente, y ocho dias despues, al ver el almirante el color que presentaban las aguas, el estado de las olas, la inconstancia de los vientos y la frecuencia de los aguaceros, no dudó que se hallaba cerca de tierra y dió las órdenes oportunas para que se acortasen las velas, y los vigilantes estuvieran muy alerta de noche.

Al amanecer del dia siguiente, los primeros albos ofrecieron á la vista de los navegantes el espectáculo de una isla encantadora.

Su entusiasmo no tuvo límites.

Era domingo, y Colón bautizó á la isla con el nombre de Dominica.

Poco despues descubrieron otra no ménos bella, no ménos frondosa, y Colón la nombró Marigalante, por ser este el nombre de la nao capitana que le llevaba á bordo.

La primera ofrecia un panorama accidentado.

La otra era llana, cubierta de árboles muy espesos.

Bandadas de papagayos de mil colores cruzaban el espacio con rápido vuelo, recreando la vista de los navegantes.

Al seguir las naves su rumbo descubrieron nuevas islas, y para buscar puerto se dirigieron á la primera.

La sorpresa de los europeos fué inmensa al ver en ella campos cubiertos de verdura, arroyos cristalinos serpenteando por los prados, una vegetacion lozana, primaveral, cuando dejaban en su patria campos yertos, árboles desnudos, hojas amarillentas alfombrando el suelo y caminando á perderse á impulso de los vientos otoñales.

Todas aquellas islas son las que forman parte del hermoso Archipiélago llamado las Antillas, que se extiende desde el extremo oriental de Puerto Rico á la costa de Paria, en el continente del Sur.

No habiendo hallado puerto en la Dominica, se encaminó con sus embarcaciones á la Marigalante, y saltando en tierra con los capitanes y personas que formaban el Estado Mayor de la escuadra, tremoló el estandarte real y tomó posesion de aquella isla y de las adyacentes, en nombre de sus soberanos los reyes de Castilla.

Visitaron despues parte de la isla, aunque sin internarse mucho, y desde luego admiraron la espesura de las arboledas, la variedad de árboles que formaban los bosques, las flores y las frutas que los adornaban.

Allí hallaron un árbol cuya hoja, parecida al laurel, aunque más pequeña, esparcia un perfume embriagador.

Algunos de los marineros cogieron sus frutos y los probaron.

Pero sólo con tocarlos con la lengua se les hinchó la cara y sintieron un ardor y un dolor tan horrible que parecía que estaban rabiosos.

El doctor Chanca, que acompañaba á Colon como médico de la armada, pudo aliviarles obligándoles á que se arrojaran al mar para atemperarse.

Aquel fruto era el del manzanillero.

Después de recorrer una gran parte de la isla sin hallar gente ni señal de que la hubiera habido, la creyeron despoblada y volvieron á bordo.

Encamináronse á otra isla mayor que divisaban no léjos de allí, y en ella vieron el elevado pico de una montaña, de la que creyeron que se desprendian manantiales de aguas cristalinas.

Al examinarle más de cerca, vieron que era el cráter de un volcan.

No muy léjos de allí apercibieron un torrente que se despeñaba desde una inmensa altura.

Al llegar cerca dispuso el almirante que una carabela ligera fuese costeano para buscar puerto.

Hízose así, y su capitán vió un grupo de casas, saltó en tierra, se dirigió á aquellos albergues; pero al acercarse á ellos sus habitantes, sorprendidos, amedrentados, emprendieron la fuga.

Examinó el capitán sus viviendas, y halló mucho algodón hilado y por hilar, y al mismo tiempo se apoderó de algunos huesos de brazos y piernas de hombres, los que llevó á Colon para que pudiese tomar idea de la clase de gente que habitaba allí.

La isla era llamada por los naturales Turqueira.

Colon, que habia ofrecido á los religiosos de Nuestra Señora de Guadalupe, en Estremadura, bautizar con aquella advocacion de la Virgen alguna de las tierras que descubriese, dió á aquella isla el nombre de isla de Guadalupe.

En vista de las noticias que comunicó el capitán explorador, Colon, con algunos de los suyos, desembarcó en otro puerto donde tambien los indios que allí habia huyeron consternados, con tal precipitacion que muchos de ellos hasta dejaron abandonados á sus hijos.

Aquella era una ocasion propicia para Colon de realizar su política conciliadora.

Mandó á los españoles que agasajaran á los niños, que adornasen sus brazos con cascabeles, y después de hacerles otros regalos por el estilo y de acariciarles en extremo, les dejaron en libertad, á fin de que fueran á comunicar á sus padres que no eran enemigos, sino amigos los que llegaban á la costa.

La poblacion á donde habian llegado los españoles constaba de unas cuarenta casas levantadas en torno de un gran espacio circular que parecia una plaza.

Aquellas viviendas se asemejaban en todo á las de la isla Española, puesto que estaban formadas por troncos, ramas y cañas, con techos de hojas de palmera.

Diferenciábanse, sin embargo, de las de las otras islas en que eran cuadradas y no circulares, y además cada una de ellas tenia una especie de umbral ó

pórtico para preservar de los rayos del sol á sus moradores.

En el pórtico de una de ellas habia entalladas en madera figuras y serpientes.

Penetrando en ellas los exploradores, vieron hamacas de algodón.

Los utensilios eran de barro y de cortezas de calabaza.

En las paredes habia colgados arcos y flechas con las puntas de hueso.

Lo que más abundaba en aquellas moradas era el algodón hilado y tejido, aunque groseramente.

No faltaban animales domésticos, entre los que podian contarse en primer término el guacamayo, tan rico de color en su plumaje.

En aquel exámen, que debia ilustrar á los viajeros acerca de las costumbres, lo mismo que del carácter de los habitantes de la isla, no desperdiciaban un solo detalle.

Al registrar las casas, en una de ellas hallaron una sarten de hierro muy parecida á las que se usaban en Europa, y á las que habia dejado Colon en Haiti á sus compañeros de viaje.

Tambien los sorprendió grandemente el hallazgo de un codastre, pieza de la popa de un buque, que no podian imaginar cómo habia llegado á aquel país en donde no se descubrian ni los síntomas siquiera de la civilizacion.

Estos dos objetos preocuparon grandemente á Colon.

¿Cómo estaban allí?

Antes que él, ¿habia llegado algun otro viajero á aquellas costas?

Si tal habia sucedido, ¿habia perecido á manos de sus habitantes y éstos habian destruido la embarcacion ó embarcaciones que hasta su orilla habian llegado, quedándose como memoria del triunfo con aquel utensilio y aquel fragmento de embarcacion?

En tanto que el almirante pensaba de este modo, gustaban con regocijo los demás que le acompañaban la piña ó anana, que tan importante papel desempeña hoy en las mesas elegantes de Europa, y que encontraban por la primera vez y saboreaban con placer.

Pronto experimentaron algun temor los atrevidos viajeros al ver que en casi todas las moradas de los indios habia huesos humanos, cráneos colgados en las paredes, huesos de piernas y de brazos y otros adornos no ménos fúnebres.

—No hay duda,—dijo Colon,—estamos en el país de los canibales ó caribes, feroces guerreros á quienes temen mucho los indios de las otras tierras que he descubierto, porque de cuando en cuando invaden sus hogares, y no solo se apoderan de sus riquezas sino de las personas que desuellan guardándolas con cuidado en sus albergues, en donde celebran festines con sus carnes, de los que quedan esas reliquias.